

EMPATÍA Y VIVENCIA RELIGIOSA EN EL PENSAMIENTO DE EDITH STEIN

DOI: 10.22199/S07198175.2016.0001.00004

María Eliana MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

Recibido el 21 de marzo de 2016. Aceptado el 12 de mayo de 2016.

RESUMEN

El artículo, a través del contexto existencial y de las obras de Edith Stein, trata la relación que la fenomenóloga advierte entre empatía y vivencia religiosa. Por medio de la primera, el hombre aprehende la vida anímica de su prójimo y a través de ella el vivenciar religioso del otro. Ambas se constituyen en camino hacia la comprensión del hombre y hacia la disposición de encontrarse con Dios.

Palabras clave: Stein; Contexto existencial; Empatía; Vivencia religiosa; Vida anímica.

EMPATHY AND RELIGIOUS EXPERIENCE IN EDITH STEIN' S THOUGHT

ABSTRACT

This paper, from the context of Edith Stein's existence and her work, reveals the relationship she recognizes between empathy and religious experience. Man apprehends the spiritual life of their equals through empathy, as well as the religious experience of others. The former and the latter are the path to understand men and their willingness to find God.

Key words: Stein; Existence context; Empathy; Religious experience; Spiritual life.

1. Introducción

Cuando la Dra. Eva Reyes invitó a los miembros del CEIES¹ a este Coloquio², me pareció de interés, y acorde a la temática del mismo “*La certeza del Misterio y su relevancia en la formación de la persona humana*”, exponer sobre la relación que Edith Stein advierte entre empatía y vivencia religiosa. Presento el tema a través de cuatro puntos. Primeramente, me detengo en el contexto vital de la fenomenóloga en el que se sitúan las obras que forman la base de su pensamiento sobre el tema que expongo.

En un segundo momento, centro la exposición en la empatía como conocimiento del individuo ajeno. Luego, en un tercer punto, trato la vivencia religiosa en relación con el sujeto espiritual, para dar paso a un cuarto y último acápite en que advierto el nexo entre ambos conceptos en el contexto existencial de la individualidad.

Finalmente, a modo de conclusión, se recoge el pensamiento steiniano sobre la empatía y la vivencia religiosa.

1 Centro de Estudios Interdisciplinarios en Edith Stein, oficializado por Decreto de Rectoría N° 259/201, de la Universidad Católica de Chile, adscrito a la Facultad de Teología de dicha Universidad.

2 Nos referimos al I Coloquio Edith Stein, *La certeza del Misterio y su relevancia en la formación de la persona humana. Aportes a la certeza del ser individual-persona y colectiva-sociedad Iglesia*, convocado por la Universidad Católica del Norte, celebrado en Antofagasta los días 20-21 octubre 2015.

2. Contexto vital de Edith Stein

En relación al tema que expongo; me detengo en el contexto vital de Stein, dado que los momentos autobiográficos en la existencia de los seres humanos son determinantes en su quehacer diario. En el tema de la empatía, tengo presente su obra *Sobre el problema de la empatía* y en lo tocante a la vivencia religiosa *La Estructura de la Persona Humana e Introducción a la Filosofía*. En ambas obras, Stein investiga, a través del método fenomenológico, sobre la ipseidad para responder a la pregunta por el hombre y desentrañar el misterio que encierra en sí el individuo.

Los *Escritos Autobiográficos y Cartas* de Edith Stein, permiten advertir que en el año 1913, a la edad de 22 años, se configura en ella su auténtica naturaleza filosófica. Ella busca la verdad que da sentido y razón de ser a la vida del hombre. El propósito que la mueve la lleva a dedicarse a la psicología durante cuatro años en la Universidad de Breslau. Consciente que la psicología carecía del verdadero fundamento de ideas básicas claras y que lo que conocía de la fenomenología la entusiasmaba, porque consistía fundamental y esencialmente en un trabajo de clarificación, se dirige a Gotinga en donde enseña Husserl. Cuando relata su paso por Gotinga se detiene en el motivo principal que la había llevado allí: “la fenomenología y los fenómenos” (Stein, *Escritos* 352).

3. Empatía como conocimiento del individuo ajeno

El interés de Edith Stein por investigar la estructura humana, la llevó a acometer el tema de la empatía, que conceptualiza como: “... un tipo fundamental de actos en los que el vivenciar ajeno es aprehendido” (Stein, *Empatía* 22). El trabajo de años -dedicada diariamente

al tema- se aprecia en las cartas escritas entre los años 1914 y 1916³, que aluden a la elaboración y preparación de su tesis doctoral *Sobre el problema de la empatía*⁴.

Para Stein, en la base de toda controversia sobre la empatía, subyace un presupuesto tácito: “están dados sujetos ajenos y sus vivencias” (Stein, *Empatía* 19). Se trata del desarrollo del proceso, de los efectos, del fundamento de este darse. El conocimiento que, a través de la empatía, busca la fenomenóloga es el de los sujetos ajenos, pero no cualquier conocimiento, sino aquel en que no hay posibilidad de engaño, en sus propias palabras: “mi vivencia de las cosas, el “fenómeno cosa”, que: “no se trata de aprehenderlo sólo como fenómeno singular y explicitar todo lo implícito en ellos, sino de penetrar su esencia” (Stein, *Empatía* 20). La forma de alcanzarlo es a través de la fenomenología que logra penetrar la esencia del fenómeno de “un individuo psicofísico”, que: “se da como cuerpo vivo sentiente al que pertenece un yo, un yo que siente, piensa, padece, quiere, y cuyo cuerpo vivo no está meramente incorporado a mi mundo fenomenal, sino que es el centro mismo de orientación de semejante mundo fenomenal” (Stein, *Empatía* 21).

Los datos del vivenciar ajeno remiten a un tipo fundamental de actos en los que ese vivenciar es aprehendido, lo que la fenomenóloga precisamente designa como “empatía” (Stein, *Empatía* 22), y que no tiene el carácter de percepción externa como acto que se da originariamente. Se pregunta Stein, si la empatía posee la originariedad del vivenciar propio, si conviene la originariedad a la empatía y en qué sentido. Para ella es un acto originario como vivencia presente, pero no originario según su contenido, es a su vez, una vivencia que pue-

3 Nos referimos especialmente a las cartas a Fritz Kaufmann, 552; a Roman Ingarden, 561-562-566-567-583-585-586 y a la Facultad de Filosofía de Friburgo, 563.

4 Nos referimos a la disertación inaugural para la obtención de la dignidad de Doctor de la Alta Facultad Filosófica de la Granducal Universidad badense Albert-Ludwig de Friburgo de Brisgovia, presentada y publicada con su venia por Edith Stein de Breslau.

de presentarse en diversos modos de actuación (Stein, *Empatía* 26). En este punto, concluye que la empatía es la experiencia de la conciencia ajena en general, sin tener en cuenta de qué tipo es el sujeto que tiene la experiencia y de qué tipo es el sujeto cuya conciencia es experimentada. En el vivenciar no originario, el sujeto se siente conducido por uno originario que, si bien no es vivenciado por él, está ahí, se manifiesta en su vivenciar no originario. De este modo, aparece la experiencia que un yo en general tiene de otro yo en general. Así aprehende el hombre la vida anímica de su prójimo y también, como creyente, el amor, la cólera, el mandamiento de su Dios; y no de modo diferente puede Dios aprehender la vida del hombre. La diferencia está dada por el hecho que Dios, en cuanto poseedor de un conocimiento perfecto, no se engaña sobre las vivencias de los hombres como los hombres se engañan entre sí sobre sus vivencias.

4. El sujeto espiritual y su vivencia religiosa

La pregunta por el hombre, sujeto del vivenciar, ocupa el pensamiento de la fenomenóloga. A desentrañarla, destina su obra *La estructura de la persona humana*. Saber qué es el hombre, implica ponerse en la situación en la que se experimenta la existencia humana, es decir, lo que de ella experimentamos en nosotros mismos y en nuestros encuentros con otros hombres (Stein, *La estructura* 590). Se debe dirigir la mirada a lo esencial, hacia la percepción espiritual por ser el acto en el que se capta la esencia, la intuición, en palabras de Husserl. El hombre es como un microcosmos en el que se unen los distintos estadios del reino del ser, siendo, por tanto, cosa material, ser vivo, ser animado, persona espiritual. En todo lo que el hombre experimenta se percibe a sí mismo como un todo, el yo corporal-anímico-espiritual; su existencia es abierta para sí misma y también hacia afuera, por lo tanto, puede recibir en sí un mundo.

En su búsqueda de la idea del hombre, Stein acuña el término “antropografía” para referirse a las exposiciones que acceden a la naturaleza y a la vida individual del hombre y lo describen tal y cómo realmente es, (Stein, *La estructura* 585) captan al hombre como espíritu, su ser pleno que habla al ser. Se llega, de esta manera, a una antropología filosófica que estudia la estructura del hombre y los dos ámbitos del ser a los que pertenece, identificados como “naturaleza” y “espíritu”. Para la fenomenóloga, una antropología que no tuviera en cuenta la relación del hombre con Dios no sería completa, ni serviría de base a la pedagogía; por ello, Stein, postula que la antropología filosófica necesita el complemento de la antropología teológica (Stein, *La estructura* 588).

La experiencia viva es el material del que parte la investigación de Stein por ser el hombre una cosa, un cuerpo material, algo vivo que se nos ofrece como ser sentiente, como “ser animado”, como persona espiritual. El hombre experimenta la existencia del hombre y la condición humana en otros, pero también en sí mismo. En todo lo que experimenta se percibe, también, a sí mismo (Stein, *La estructura* 594). Su existencia está abierta hacia dentro, es una existencia abierta para sí misma y por eso abierta hacia fuera, es una existencia abierta que puede recibir en sí, un mundo. El hombre, tanto en su interior como en el mundo externo, encuentra indicios de algo que está por encima de él y de todo lo demás, de lo que él y todo lo demás dependen. La pregunta acerca de ese ser, la búsqueda de Dios, pertenece al ser del hombre y tiene relación con la vivencia religiosa (Stein, *La estructura* 594).

El hombre como organismo vivo, sostiene Stein, experimenta un proceso de cambios progresivos en su configuración, que constituye el modo de ser de los seres vivos. El proceso de configuración tiene un *telos*, apunta a una determinada figura. Lo propio del cuerpo humano, como organismo, es la información de la materia por la forma vital interna, el alma. La fuerza vital es finita, se consume en su trabajo informante, por ello el organismo llega a un *cenit* de su desarrollo a

partir del cual ya no puede seguir realizando la plena información. Se inicia la decadencia, la paulatina disminución de la fuerza informadora, con el correspondiente paso a primer plano de la materia ya no informada vitalmente hasta la completa cesación de la vida.

Stein destaca dos actitudes del hombre frente al mundo, a saber: 1) La actitud natural o ingenua, propia del hombre en su cotidianidad, que se da al encontrarse en un mundo de cosas y personas en viva interacción que le causan impresión (lo atraen o repelen), se le presentan con significación y acorde a ellas, decide. Esta actitud no distingue entre subjetividad y objetividad, persigue intereses prácticos. 2) La actitud teórica, objetiva, que dirige la mirada hacia las cosas tal como son en sí mismas, el propio ser y esencia de ellas. El individuo se contempla a sí mismo como objeto, dirige la mirada hacia sí mismo. El ser mismo de las cosas es el interés rector. El sujeto teórico se caracteriza porque contempla al mundo “desinteresadamente”; no se deja extraviar por intereses prácticos. Stein distingue entre la estructura óptica de la naturaleza, que se pregunta qué es una cosa natural en general y cuál es su esencia; y la estructura óptica del espíritu que se pregunta por las verdades esenciales.

Para la filósofa, la teoría del conocimiento se dedica a captar las cosas en sí mismas, por lo tanto, discrepa con Kant que postula la imposibilidad de conocerlas. En este punto, dirige la mirada al sujeto que tiene ante sí el mundo de los objetos y puede reflexionar sobre sí mismo, sobre su conocer, es decir, sobre la conciencia que él tiene de los objetos. Se pregunta cómo es posible que la conciencia se dirija hacia los objetos que están fuera de ella misma, que tienen su propio ser, desligado de la conciencia: un ser trascendente. Al respecto, sostiene que además de la conciencia cognoscente hay otras formas de ella y, también, hay otras funciones de la razón, a saber: el sentir, el querer y el actuar; y destaca a la ética como la disciplina que se orienta a ellas, que es más que la doctrina acerca del obrar rectamente.

Ahora bien, la problemática de la vida del ánimo no se agota en el aspecto del recto actuar, debido a que se da el sentir, una forma de conciencia múltiple diferenciada, lo que hace entrar al ámbito de sus reflexiones, entre otras disciplinas, a la filosofía de la religión que debe preguntarse por el objeto religioso. Una cosa se debe tener clara según Stein, el que la doble faceta de la forma de reflexión de la filosofía teórica se aplica también en el ámbito de la vida del ánimo y, por lo tanto, en todo sentir se siente algo; en todo querer se quiere algo; en todo actuar se obra algo, por lo que las disciplinas filosóficas son siempre investigación de la estructura de los objetos, que corresponden a la conciencia de la razón investigada en cada caso.

Si bien para la fenomenóloga son concebibles espíritus puros sin corporalidad, en cuya vida espiritual puede expresarse una peculiaridad personal; el ser psíquico no es posible sino integrado en el ser físico. Sin embargo, añade ¿es necesario saber si también el alma necesita la corporalidad como fundamento? Stein concluye que sí, en el entendido que el alma es el centro de un ser anímico-corporal-espiritual y, en la cual, se sumerge lo que él vive y experimenta, siendo, por tanto, el alma concebible únicamente como centro del ser y de tal vida y no por sí sola; debe irradiar continuamente vida y debe acoger en sí al mundo.

La corporalidad, a partir de la cual el alma va creciendo, es lo que hace que el ser del alma sea peculiarmente pensante y lo que la separa de todos los demás seres. Es propio del alma el vivenciar la oposición con respecto al mundo; el vivir-en-sí, que es su forma específica de ser, incluyendo la conciencia del estar separada y la posibilidad de sobrepasarse en la vida espiritual, la cual no es desligarse-de-sí. A ojos de Stein, se puede ver que la *psique* y la corporalidad se hallan vinculadas recíprocamente; que el alma exige la integración en una estructura psicofísica y la conexión con un mundo espiritual, mientras que para el espíritu todas esas vinculaciones son “accidentales”.

5. Empatía y vivencia religiosa

Retomando el tema de las vivencias y el vivenciar, entre ellas la vivencia religiosa del sujeto espiritual que nos ocupa, Stein destaca el sujeto de la vivencia, el yo puro, que no tiene cualidades ni se halla en condiciones reales; de él irradia la vivencia que vive en él. En este último acápite de la ponencia es preciso detenerse, aunque sea someramente, en el tema de la subjetividad y los problemas que de ella se derivan (Stein, *Introducción* 775). Stein refiere la subjetividad al sujeto, entendido éste, en el lenguaje cotidiano, como persona que define cómo el sujeto de una vida actual del yo, que tiene cuerpo y alma, posee cualidades corporales y anímicas, dotada especialmente de un carácter que se va desarrollando bajo la influencia de circunstancias externas, que en esta evolución desarrolla una disposición original que poseía (Stein, *Introducción* 775-78).

Para la fenomenóloga, la persona, sujeto de una vida actual del yo, no se diferencia del yo puro, fuente original del vivenciar, punto de partida desde el cual las vivencias irradian hacia los objetos. La tarea de la fenomenología pura, para Stein, consiste precisamente en examinar, según su esencia, el “yo” puro, la vida original de la conciencia y las unidades que la constituyen. Una persona humana es una realidad que se halla entreverada con alma y cuerpo en el contexto del mundo real. Edith Stein dedica la atención a la constitución del cuerpo vivo, para ella es una cosa espacial, con una figura bien delineada y que al igual que cualquier cuerpo material, ocupa un lugar determinado en el puro espacio del mundo, y se halla a una determinada distancia de cualquier otra cosa espacial. Además, tiene la peculiaridad de poder darse a una conciencia captante, pero sólo en una visión parcial, y la de que a su plena dación pertenezca una infinita multiplicidad de tales intuiciones. En su forma espacial puede adoptar formas y cualidades sensoriales diversas.

El cuerpo vivo sentiente posee como cualidad la impresionabilidad, capacidad de ser portador de sensaciones actuales que se extienden sobre ciertas partes del cuerpo y pertenecen a la conciencia, a cuyo sujeto está orientado el cuerpo vivo al que éste se halla ligado, constituyendo una parte de la vida sensible de ese sujeto, una parte del material sobre el que se fundamenta su vida espiritual (Stein, *Introducción* 790). En lo que respecta a la estructura de la *psique*, la fenomenóloga se pregunta qué es el alma y luego de analizar detenidamente toda la vida de la persona -incluida la vida del ánimo en dirección hacia el exterior- responde la interrogante consignando que el alma es el centro de la persona, el “lugar” donde ella está en sí misma, agregando que la peculiaridad de los seres dotados de alma, como los seres humanos, es que pueden estar consigo mismos (Stein, *Introducción* 811).

Luego de precisar que la *psique* es el desarrollo de un núcleo de la personalidad, Stein investiga si algo análogo puede mostrarse en el cuerpo vivo de la persona y, para ello, recuerda su peculiaridad consistente en su capacidad para expresar la vida interior (Stein, *Introducción* 815). En este aspecto, la autora destaca el hecho que en el cuerpo se expresa el grado de “estar despierto” del “yo”, su vivacidad espiritual; el cambio cualitativo de sus estados, y, sobre todo, la vida del ánimo que plasma desde el interior al cuerpo vivo como expresión de la vida del alma. Debe, por tanto, considerarse el papel de la voluntad; la capacidad misma de expresión, pertenece a las funciones que están sometidas al dominio de la voluntad (Stein, *Introducción* 817). El “yo”, gracias a su dominio sobre el cuerpo, puede encerrarse en sí mismo, es capaz de utilizar su propia capacidad de expresión para desvelarse, permitiendo a la vida interior que ejerza una acción libre y sin impedimentos y también, produciendo voluntariamente expresiones de su vida interior y creando eventualmente nuevos medios de expresión (“signos”) para sus estados anímicos que sobrepasen los ya “existentes” “involuntariamente” (Stein, *Introducción* 818).

Stein trata el tema del concepto psicológico y religioso (eventualmente ingenuo) del alma. Hay que distinguir el primero del segundo: En el sentido psicológico, el alma comienza a existir con la existencia del ser vivo al que pertenece y termina con la muerte de éste; no entra acabada en la existencia, sino que va adquiriendo sus cualidades en el curso de su vida, empeñada en un constante cambio. En el sentido religioso (lenguaje religioso-metafísico), se dice que el alma no ha llegado a formarse y que es imperecedera, se une con cuerpo, pero no necesita de él para existir, es una realidad simple que no pasa por ninguna evolución. Este último sentido, concuerda con lo que la fenomenología dice del alma al hablar que ella es el ser interior en el que se expresa purísimamente el “núcleo de la persona”. La *psique* se va desarrollando y depende, en cuanto a su formación, de las circunstancias externas, a contrario del alma, como estado de ser simple, incapaz de un desarrollo, sustraída a las influencias, fundamentada en sí misma y fija en sí misma, fuente original de la vida anímica.

Para la fenomenóloga, el tipo “persona humana” es tan sólo una forma posible en la que se puede realizar un tipo de vida del sujeto, pero son posibles otros tipos, que llama individuos psíquicos no espirituales, sujetos que no tengan una vida espiritual, no “salgan de sí” y que no acojan en actos intencionales el mundo de los objetos. En estos casos, señala Stein, no se sabe qué pasa con el alma y con la vida del ánimo, sólo se sabe con seguridad que un sujeto sin vida espiritual no conoce el mundo de valores y es incapaz de tener sentimientos intencionales y de realizar todos los demás actos. Con todo, en estos casos, se puede hablar de los estados del sentimiento y de sus impulsos correspondientes, a los que ellos se inclinan (Stein, *Introducción* 821).

La comprensión de la *psique* ajena y de la vida anímico-espiritual, hace necesario detenerse en el tema de la conciencia pura y tener presente que la primera característica del captar, por medio de manifestaciones expresivas la vida espiritual de la persona, es la ac-

titud natural. Sin embargo, el estado de cosas en la empatía de la vida espiritual es distinto que en la empatía de estados sensibles. Los actos, en su conexión y en su relación con sus correlativos, están sometidos a una ley racional universal y la concordancia de un acto con esa ley ofrece una garantía de su posibilidad y un motivo para su realización, aunque no sea plenamente suficiente (Stein, *Introducción* 838). Los rasgos expresados de la vivencia y los rasgos únicamente representados por medio de la empatía, deben concordar recíprocamente para que esa vivencia se capte como una misma y única vivencia en la doble forma en que esta aparece como dato (Stein, *Introducción* 838). Cuando por medio de la empatía, nos representamos un acto de fe o una actitud del ánimo, esa representación posee la “tendencia al pleno vivenciar”; tiende a despertar en mí una actitud original propia del mismo contenido: me veo contagiado por sentimientos ajenos, por impulsos ajenos. Los rasgos del carácter son percibidos, también, a través de sus manifestaciones, las cuales en la expresión hacen que salgan a la luz los estados del alma.

Qué ocurre en el caso de experiencias sin mediación de manifestación externa, como lo es la vivencia religiosa, en tanto relativa a la existencia de un poder espiritual que ninguna experiencia externa nos enseña. Es sentirse “en manos de Dios”, quien sostiene y no deja caer. En tal vivencia no sólo se nos revela la existencia de Dios, sino lo que Él es, su esencia. La confianza que nos hace admitir que nuestra vida tiene un sentido, aunque el entendimiento humano no sea capaz de descifrarlo, nos hace conocer la sabiduría divina. Y la confianza en que este sentido es un sentido de salvación, en que todo, aún lo más grave, se halla al servicio de nuestra salvación, en que, además, ese Ser supremo se apiada de nosotros, cuando los hombres nos abandonan y en que ese Ser no conoce en absoluto ninguna depravación, todo eso, nos muestra cuál es su bondad total (Stein, *Introducción* 848-49).

Una experiencia de las personas ajenas y de su vida interior, no existe únicamente en virtud de sus efectos sobre mi propio interior, sino también en virtud de un tercer factor como lo son las influencias motivantes que causan un cambio en el modo de pensar. Puedo descubrir la índole de la persona influyente por la índole del cambio de mentalidad que se produce. A las influencias de una persona sobre otra se añaden las “obras” de esa persona como ulteriores testimonios de su ser. Para los estados co-aprehendidos “vacíamente”, lo que equivale al interior de la persona, existe una posibilidad de que sean intuitivos en actos de empatía. Los actos mismos son de índole representativa y señalan, yendo más allá de sí mismos, hacia otra conciencia-original: la conciencia del propio ser y de la vida interior, la experiencia propia. Se ve cómo la experiencia ajena encierra en sí la referencia a la experiencia propia (Stein, *Introducción* 852).

En lo que respecta a la experiencia del propio ser y de la propia vida anímico-espiritual, se advierte que la cuestión de la propia persona como realidad psico-física lleva a distinguir entre conocimiento de la *psique*, del cuerpo vivo y de las relaciones que hacen que ambos se fundan en una unidad. Con respecto a la experiencia de la *psique*, puedo percatarme del alma, sin mirar hacia ella, más aún, si mi mirada se dirige hacia otros objetos. Reside en la esencia de vivencias que pertenecen a la “vida del ánimo”, el hecho de que proceden de determinada profundidad y del nivel profundo mismo. Están iluminadas conjuntamente por aquella “luz interior” que inflama las vivencias puras. Cuantos más niveles del alma participen en la estructura de una vivencia, tanto más de ella penetrará en la conciencia (Stein, *Introducción* 853).

En éxtasis religioso participan todos los niveles del alma. Se habla de un “conocimiento inmanente del alma”, en el mismo sentido que se habla de la conciencia pura, la conciencia y el objeto coinciden. No en toda vivencia vive la persona entera, pero en toda vivencia

salen a la luz la peculiaridad individual. Se puede hablar de una trascendencia del alma con respecto a las vivencias en que ella participa, porque la profundidad de la que viene la vivencia y que en ella se abre a la conciencia, se ilumina en ella únicamente como un relámpago y, a pesar de ese hacerse consciente, permanece siempre más allá, oscura e inagotada (Stein, *Introducción* 853).

6. A modo de conclusión

Se recoge el pensamiento steiniano sobre la empatía y la vivencia religiosa. Por medio de la empatía aprehende el hombre la vida anímica de su prójimo, a través de ella el vivenciar religioso del otro y como creyente, el amor, la cólera, el mandamiento de su Dios. La empatía, como conocimiento de personas, demuestra que el hombre es un ser espiritual, trascendente, abierto, llamado a realizarse en lo más profundo de sí, pero sin dejar de confrontarse con el otro. Es un paso decisivo en el camino ascendente hacia la comprensión del problema del hombre y hacia la disposición de encontrarse con el Otro. El hombre, tanto en su interior como en el mundo externo, encuentra indicios de algo que está por encima de él y de todo lo demás y es precisamente por ello que la búsqueda de Dios, pertenece al hombre.

Mg. María Eliana Martínez Fernández
Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago de Chile
eliana2684@hotmail.com

Bibliografía

Stein, Edith. *Sobre el Problema de la Empatía, Obras Completas*, Tomo II. Escritos Filosóficos. Ed. Montecarmelo, 2002.

___ *La Estructura de la Persona Humana, Obras Completas*, Tomo IV. Escritos Antropológicos y Pedagógicos. Ed. Montecarmelo, 2002.

___ *Introducción a la Filosofía, Obras Completas*. Tomo II. Escritos Filosóficos. Ed. Montecarmelo, 2002.

___ *Escritos Autobiográficos y Cartas, Obras Completas*. Tomo I. Ed. Montecarmelo, 2002.

